celo de predicar la doctrina de la santa fe católica. Y después de haber hecho fruto con su ejemplo y palabra, y padecido harto trabajo y mengua de mantenimiento, por amor de Cristo, volvieron a su tierra, de que todo el pueblo recibió mucha edificación y particular contento los religiosos.

Un indio Miguel, natural de Quauhtitlan, salió muy buen latino y leía la gramática en el colegio de este Tlatelulco. Éste era muy buen cristiano, y amonestaba a sus discípulos el menosprecio de el mundo. Cayó enfermo en la gran pestilencia de que murió el año de 45. Y estando ya al cabo de la vida fuelo a visitar y consolar el padre fray Francisco de Bustamante; y entre otras cosas díjole en latín que se doliese mucho de sus pecados. El indio le respondió también en latín, y con gran sentimiento, diciéndole: ¡Oh padre!, por eso tengo yo gran dolor, porque no puedo tener tan gran arrepentimiento de ellos como yo quisiera. Bendito tal dolor y tal aparejo que no lo pide Dios mayor, ni mejor, para usar de misericordia con el pecador, cuanto más con quien tan pocos pecados tenía como aquel pobrecillo en la vida, por ser buena y desear amar y servir a Dios, y así fue rico en la muerte.

CAPÍTULO XIII. *Donde se responde a una objeción que se puede ofrecer, acerca de lo dicho, en orden de la bondad de estos indios*

ERCA DE LAS COSAS ARRIBA DICHAS, en los dos capítulos pasados, podría argüirme alguno y decir: Hermano, vos decís que los indios, comúnmente, tienen muchas condiciones e inclinaciones naturales, muy apropriadas para ayudarlos a ser buenos cristianos, y habéis traído ejemplos particulares de indios a quien Dios comunicó su espíritu que tuvieron deseo de servirle, renunciando el mundo y siguiendo la vida evangélica. Pues ¿qué es la causa porque a estos tales no se les dará el hábito de la religión, no solamente para legos, mas aun para sacerdotes, como en la primitiva iglesia se elegían los gentiles y judíos, nuevamente convertidos a la fe, para sacerdotes y obispos? Y parece sería esto de provecho para la conversión y buena cristianidad de toda su nación, por saber ellos mejor sus lenguas, para predicarles y administrarles en ellas más propria y perfectamente, y el pueblo tomaría y recibiría la doctrina de boca de sus naturales, con más voluntad que de los extraños. A esto bastaba responder brevemente confesando que así pasó en la primitiva iglesia y que entonces así convenía, porque Dios obraba con milagros en aquellos recién convertidos, y así eran santos y se ofrecían luego al matrimonio, por la confesión de el nombre de Jesucristo.

Y añado que puesto caso que no se presumiese en alguna manera que habían de volver al vómito de los ritos y ceremonias de su gentilidad (que es por donde la iglesia se mueve a privarlos de este beneficio a los recién

convertidos) hay en ellos más causa que en otros descendientes de infieles para no admitirlos a la dignidad de el sacerdocio, ni a la de la religión, aunque fuese para legos; y ésta es un natural extraño que tienen (por la mayor parte) los indios, diferentes de otras naciones (y aun no sé si participan algunos de los griegos) que no son buenos para mandar ni regir, sino para ser mandados y regidos en estos tiempos de su cristianismo. Porque cuanto tienen de humildad y sujeción en este estado, como habemos pintado, tanto más se engreirían si se viesen en lugar alto. Y así quiero decir que no son para maestros, sino para discípulos, ni para prelados, sino para súbditos; y para esto los mejores del mundo. Y la razón que hace más fuerza es que son sujetos a la embriaguez y dados al vino, y por esto no deben ser religiosos. Y dado caso que en su gentilidad no se emborrachaban (como en otra parte decimos) era por temor que tenían a los que gobernaban, que así lo mandaban en común; pero vemos que los viejos bebían y que en las fiestas se emborrachaban. Y aunque ahora hay en particular algunos que no sólo no se emborrachan pero ni lo beben, es en común, y en general, lo contrario; y por esto se teme que el defecto a que naturalmente se inclinan no lo pongan en ejecución, siendo profesos en alguna de las órdenes, o siendo después sacerdotes. De los hijos de Israel sabemos que eran inclinadísimos a la idolatría y por eso les mandaba Dios que no hiciesen imágenes de madera, ni barro, de pincel, ni de talla, por desocasionarlos de aquellas cosas a que se inclinaban;[1] y así es que cuando se veían en la ocasión no la perdonaban porque la inclinación es cosa fuerte y hace las más veces (como no intervenga gracia de Dios) que se ejecute. Y siendo estos indios dados a este vicio y llevándoles su natural a él, de fuerza ha de haber recelo, que puestos en la ocasión se abalanzarán a ella. Y por esto se excusó siempre el recibirlos, y uno que hubo de cierta orden en estas partes (aunque por engaño tomó el hábito en Castilla, sin saber que era indio) olía a la pez y bebía cuanto podía, y era admirable latino y sabía bien y era discreto, cuanto al buen lenguaje que hablaba, pero tocado de esta roña y lepra. Verdad sea que en nuestra orden ha habido otro que se recibió en aquellos reinos de Castilla sin conocerse, pero es muy sobrio y no se le ha sentido semejante defecto; y siguiendo su natural condición es pobrísimo, humildísimo y muy penitente, mas no para gobierno; y así no ha sido guardián ni ha tenido oficio, aunque es muy viejo y ha muchos años que es fraile, y éste en esta virtud, es singular y de singulares (dice el Filósofo)[2] no hay ciencia; y para dar el hábito o ser sacerdote no se ha de estar haciendo prueba en muchos para acertar en uno.

Oído he decir de pocos días acá que no falta quien se ofrezca a sacarlos idóneos y suficientes para el sacerdocio; y quien a esto se ofrece a harto se obliga y lo tengo por obra de solo Dios, que los puede trocar y hacer de otro natural y no de hombres. Y pluguiese a su divina bondad que esto fuese posible y lo mereciésemos ver. Mas miren lo que hacen los que en esto se pusieren, porque aquellos primeros pilares que el Señor fue servido

[1] Supra tomo II. lib. 7. cap. 15.
[2] Arist. lib. 1. Poster. T. comm. 39.

de poner por fundamento de este su edificio, aunque no presumieron de tanto saber como los modernos, tuvieron el espíritu del Señor, y él los guió y enseñó en el modo que habían de tener para esta conversión.

A algunos de los indios, criados y doctrinados de su mano y al parecer bien inclinados, dieron el hábito de la orden para probarlos, y luego el año del noviciado conocieron claramente que no era para ellos, y así los despidieron e hicieron estatuto que no se recibiesen. Un gran letrado extranjero, que pasó de España a estas partes confiado de su saber, presumió afirmar que esta nueva Iglesia indiana iba errada por no tener ministros naturales de los convertidos, como la Iglesia primitiva; teniendo esta opinión, que a los indios se debían dar órdenes sacros y hacerlos ministros de la Iglesia. Y el doctísimo y religiosísimo padre fray Juan de Gaona lo convenció de su error en pública disputa y lo obligó a que hiciese penitencia. Y esta su Apología,[3] que puso en escrito, está en pie hoy día entre nosotros. Mucho más me he alargado de lo que pensé, mas no está en mano del hombre atajar al espíritu. Y cuando otro pruebe que pueden ser sacerdotes, hágase, si este vicio no es de inconveniente.

CAPÍTULO XIV. *De algunas visiones y revelaciones con que nuestro señor Dios se ha querido comunicar a los indios*

ES TAN AGRADABLE A LOS OJOS DE NUESTRO SEÑOR DIOS la simplicidad del corazón humano que según (lo dice el Espíritu Santo por boca del sabio)[1] sus pláticas y razonamientos son con los simples y con ellos se comunica y conversa. Esto mismo hallamos bien probado por ejemplos de la Sagrada Escritura, así en la edad inocente de los niños, en lo que se dice en el primero *Libro de los reyes*,[2] que la plática y conversación de Dios con el niño Samuel era preciosa; y lo que leemos en el evangelio,[3] que el hijo de Dios se regocijaba con los niños y los abrazaba por su simplicidad, como también en los hombres de edad; pues al santo Job,[4] tan amigo de Dios, alaba el mismo Señor de que no había su semejante en la tierra, y singularizando las calidades y razones de su bondad y mejoría, pone por la primera que era simple. Y en tanta manera pide esta simplicidad santa a los suyos que les dice,[5] que si no se convirtieren y volviesen en aquella simplicidad y sinceridad que tienen los niños, no entrarán en el reino de los cielos. Entre otras condiciones o calidades naturales que arriba dijimos se hallaban en los indios, era esta simplicidad o falta de malicia, por do eran fáciles para ser engañados a lo menos antes que nosotros los sacásemos

[3] Eccles. 8.
[1] Prov. 3.
[2] 1. Reg. 3.
[3] Marc. 10.
[4] Iob. 1.
[5] Math. 1.